



Algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

El reloj que no decía cucú

Lucía
Baquedano
Dibujos de
Miguel
Calatayud



En Castelburgo nadie lo comentaba,
pero todos sabían que Tristán,
el príncipe heredero,
no sabía reír.



Tenía dos habitaciones llenas
de juguetes.
Doce perros.
Un cervatillo.

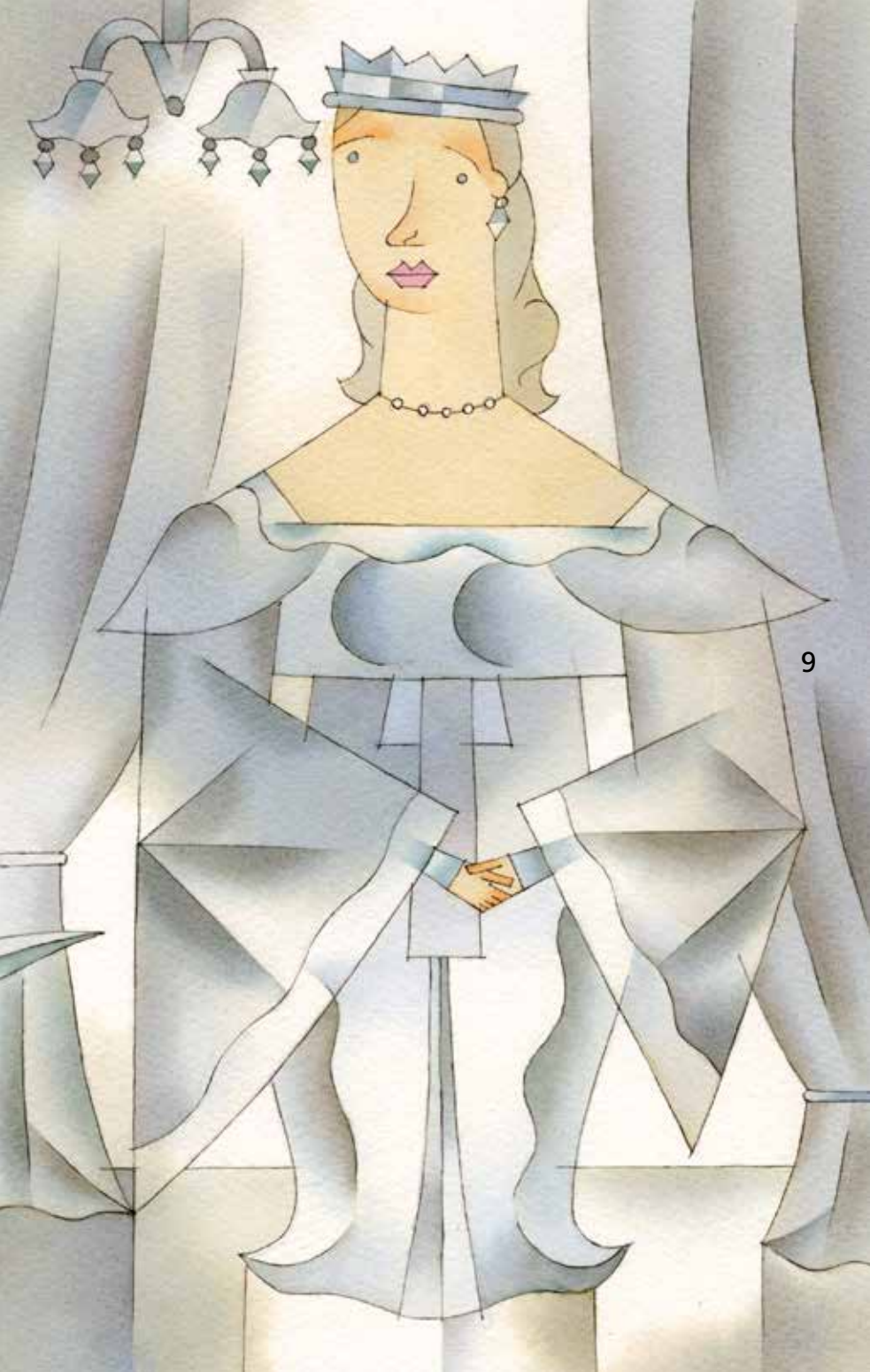


Pero no era feliz.

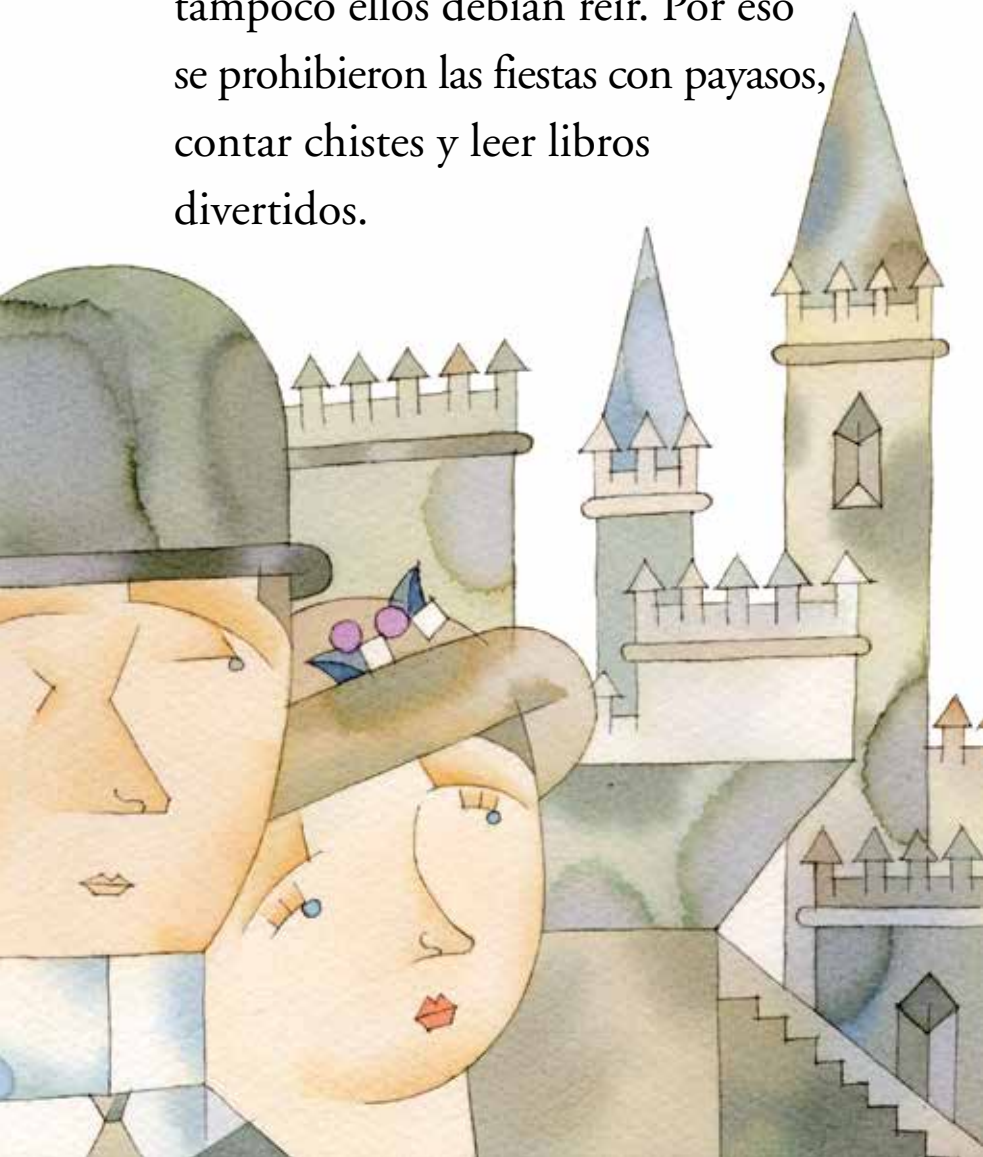


Sus padres, los reyes, se sentían
tan tristes que también ellos
perdieron la costumbre
de reír.





Como sus súbditos los querían mucho, empezaron a pensar que tampoco ellos debían reír. Por eso se prohibieron las fiestas con payasos, contar chistes y leer libros divertidos.



Nadie protestó, porque en el lado norte de la muralla estaba el palacio real, y si allí ni los reyes ni el príncipe reían, tampoco ellos reirían. Querían mucho a sus soberanos y pensaban que si no oían reír, olvidarían que Tristán no sabía hacerlo. Tal vez llegarían a pensar que la risa nunca había existido.

